

tante que Dios confirmaba este culto por los milagros que se obraban en la tumba de los *mártires*, Porfirio los atribuía á los prestigios del demonio; san Jerónimo, *contra Vigilancio*, p. 286. Beausobre sostiene que eran imposturas y enredos. Los protestantes que han pretendido que este culto solo ha empezado á fines del siglo III ó principios del IV, estaban muy mal instruidos; es tan antiguo como la iglesia; entonces no se hizo mas que seguir lo que antes se hallaba establecido desde el tiempo mismo de los apóstoles; lo veremos luego. Mosheim conviene al parecer en que el culto de los *mártires* empezó en el siglo I. *Hist. crist., sec. 1, § 32, nota.*

Una de las principales recriminaciones que se hacen á los cristianos del siglo IV es haber trasportado las reliquias de los *mártires* fuera de sus sepulcros, y de haberlas dividido para darlas á varias Iglesias. Deberíamos tambien vituperar á los fieles del siglo II, que trasportaron á Antioquia los restos de los huesos de S. Ignacio que no habian sido consumidos por el fuego, y á los de Esmirna, que recogieron asimismo los huesos de S. Policarpo.

Pero, dicen nuestros censores, han resultado de ello abusos en lo sucesivo; se han forjado falsas reliquias y falsos milagros, se ha tributado á los *mártires* el mismo culto que á Jesucristo.

Es esta una de las quejas de Beausobre; nada ha omitido para hacer odioso el culto que tributamos á los *mártires*; ha investigado su origen; lo ha comparado con el que los protestantes dirigian á los dioses y á los manes de los héroes; ha exagerado sus abusos. *Hist. del maniq., l. 9, c. 3, § 5 y sig.* Estos tres artículos merecen algunos momentos de exámen.

Segun su opinion, el culto religioso de los *mártires* se estableció primero por el cuidado que tenian los primeros cristianos de sepultar los difuntos; juzgaban á los *mártires* todavía mas dignos de una sepultura honrosa que á los demás difuntos; sin embargo, no se enterraban en las iglesias; en seguida, por la costumbre de hacer el elogio de los difuntos ó celebrar su memoria, sobre todo en el aniversario de su muerte; costumbre doble, decia él, imitada de los judíos. Sin embargo, los aniversarios de los *mártires* no empezaron sino hácia el año 170. Se celebraba el servicio divino junto á su sepulcro, pero no se les rezaba; se ceñian á ensalzar y á agradecer á Dios las gracias que les habia concedido. Hablando de la solicitud que

emplearon los cristianos para trasportar á Antioquia los huesos de S. Ignacio el año 107, cree que aquel celo era nuevo. Se observa, dice, en los cristianos un afecto por el cuerpo de los *mártires*, que parece demasiado humano; seria mejor verlos algo mas filósofos acerca de la sepultura, pero es una pequeña debilidad que es preciso excusar. Como la antigua Iglesia no tenia altares, no empezaron estos á colocarse sobre los sepulcros de los *mártires* hasta el siglo IV, cuando hubo sido dada la paz á la Iglesia; y las traslaciones de reliquias no se verificaron hasta fines de este mismo siglo. Los honores concedidos á los *mártires* y á sus reliquias se hicieron pronto excesivos; se publicó una multitud de milagros obrados por estas reliquias, etc.

Por fortuna para nosotros toda esta sábia teoría se halla refutada por los monumentos y es una erudicion gastada en salvas. Aun cuando el libro del Apocalipsis no se hubiera escrito por S. Juan, nunca por lo menos ha habido osadía para negar que hubiese sido escrito á fines del siglo I, ó cuando mas á principios del II. En él vemos el plan de las asambleas cristianas, trazado bajo la imagen de la gloria eterna; y c. 6, 9 se dice: « Vi debajo del altar las almas de los que fueron entregados á la muerte por la palabra de Dios y por el testimonio que de ella daban. » No se ha olvidado que *mártir* y *testigo* es una misma cosa. Hé aquí, pues, desde los tiempos apostólicos los *mártires* colocados debajo del altar en las iglesias ó en las asambleas de los cristianos; no se ha esperado, pues, hasta el siglo IV para introducir esta costumbre. ¿No es esta ya una muestra bastante clara de un culto religioso? ¿Pensaba el emperador Juliano sin fundamento que ya en tiempo de S. Juan Evangelista los sepulcros de S. Pedro y de S. Pablo habian sido honrados?

En el año 107, las actas del martirio de S. Ignacio nos hacen ver que habia deseado que todo su cuerpo fuese quemado, temiendo que los fieles no fuesen perseguidos por haber recogido sus reliquias; sabia, pues, que esta era la costumbre de los primeros cristianos. Los escritores de estas actas añaden: « No quedaban ya mas que las mas duras de aquellas sagradas reliquias, que fueron recogidas en un lienzo y llevadas á Antioquia como un tesoro inestimable, y dejadas en la santa Iglesia por respeto á aquel *mártir*.... Despues de haber orado mucho tiempo al Señor y habernos dormido, algunos de nosotros han visto al bienaventurado Ignacio que

se presentaba á nosotros y nos abrazaba; los otros lo han visto rezar con nosotros ó por nosotros, *Ἐπευχόμενον ἡμῖν*... Os hemos señalado el dia y el tiempo, para que reunidos en el tiempo de su martirio, atestigüemos nuestra comunión con este generoso atleta de Jesucristo. » Así pues, siete años despues de la muerte de S. Juan, se estableció la costumbre de recoger las reliquias de los *mártires*, de guardarlas como un tesoro, de colocarlas en el sitio donde se reunian los fieles, de celebrar como una fiesta el aniversario de aquellos generosos atletas, y todo esto se hallaba fundado en la persuasión en que se estaba de que oraban con nosotros ó por nosotros, y en el deseo que se tenia de estar en comunión con ellos. Hé aquí para los protestantes, terribles supersticiones, practicadas por los discípulos inmediatos de los apóstoles; preciso es que estos enviados de Jesucristo hayan instruido muy mal á sus prosélitos.

Pero estas son pequeñas debilidades que por gracia se dignan excusarnos nuestros censores; quedará reparado el escándalo cerrando los ojos sobre las expresiones de estos primeros cristianos, y adelantando la fecha de sus costumbres hasta el siglo IV. Los protestantes, que con respecto á la sepultura se han hecho filósofos, han tenido á bien quemar y profanar lo que habian recogido preciosamente los primeros cristianos. Pero ya que estos no eran filósofos, puede haber sucedido que los protestantes filósofos del siglo XIV no hayan sido ya cristianos.

A mediados del siglo II, el año 169, la iglesia de Esmirna dice, en las actas del martirio de S. Policarpo, n. 17: « El enemigo de la salvacion se esforzó en impedirnos que llevásemos las reliquias, aunque muchos deseaban hacerlo y comunicar con aquel santo cuerpo... Hizo sugerir al procónsul por medio de los judíos, que prohibiera que nos entregasen aquel cuerpo para sepultarlo, temiendo, decian ellos, que no abandonen al Crucificado para adorar á este... Esa gente no sabia que nos es imposible abandonar nunca á Jesucristo, que ha padecido por nuestra salvacion, y honrar á ningun otro. En efecto le adoramos como Hijo de Dios, y amamos con razon á los *mártires*, como discípulos é imitadores del Señor, á causa de su adhesión á su rey y señor, y quiera Dios que seamos sus consortes y condiscípulos.... Despues de quemado el cuerpo del santo *mártir*, hemos recogido sus huesos, mas preciosos que el oro y la pedrería, y los hemos colocado donde con-

venia. En ese mismo sitio, cuando en él podamos reunirnos, Dios nos concederá la gracia de celebrar con regocijo y consuelo el dia de su *martirio*, á fin de renovar la memoria de los que han combatido, de instruir y excitar á los que vengan despues de nosotros. »

Es fácil ver la conformidad perfecta de estas actas con los del martirio de S. Ignacio; no es cierto, pues, que los aniversarios de los *mártires* y la costumbre de colocar sus reliquias en los sitios de reunion de los fieles solo tengan de fecha el año 169, época de la muerte de S. Policarpo. Es absurdo observar que no se enterraban los *mártires* en las iglesias, cuando todavía no habia edificios llamados *iglesias*; se enterraban ó se colocaban en sitio conveniente para celebrar en él las iglesias ó asambleas; así es que los sepulcros de los *mártires* se han convertido en iglesias desde el principio del siglo II cuando mas. Es falso que la antigua Iglesia no haya tenido altares, puesto que se habla de ellos en S. Pablo y en el Apocalipsis. Véase ALTAR. Lo es tambien que la traslacion de las reliquias solo empezó á fines del siglo IV, puesto que las reliquias de S. Ignacio se trasladaron á Antioquia. Si no se rezaba á los *mártires*, preguntamos ¿en qué consiste la comunicacion que se deseaba tener con ellos por medio de su cuerpo ó de sus reliquias? V. SANTO, § 2 y 3.

Pero los protestantes triunfan porque los de Esmirna dicen, *adoramos á Jesucristo y amamos á los mártires*; pero amarlos no es tributarles un culto religioso; los fieles declaran que no pueden rendir culto á otro que á Jesucristo. V. CONMEMORACION.

Convenimos en que no podian rendir á otro alguno el mismo culto que á Jesucristo; que este sea el verdadero sentido, lo veremos luego. Mas para saber si el amor por los *mártires*, expresado y manifestado por las costumbres de que acabamos de hablar, no era un culto y un culto religioso, debemos primero examinar los principios que ha sentado Beausobre con respecto á esto.

Llama *culto civil* al que se observa entre dos hombres iguales por naturaleza, pero cuya diferencia la constituyen el mérito y la autoridad, l. 9, c. 3, § 6. Luego, cuando, á pesar de la igualdad de la naturaleza, Dios los ha hecho desiguales por los dones de la gracia; cuando se ha dignado conceder á los unos una dignidad, una autoridad, un poder sobrenatural que los demás no tienen, los honores tributados á estos personajes privilegiados no son ya un *culto civil*, puesto que tienen por motivo cualidades y ventajas que

ni la naturaleza, ni la sociedad civil pueden conceder. Luego es el motivo solo el que decide y hace juzgar si un culto, una honra cualquiera, es civil ó religiosa.

Beausobre enreda la cuestion, cuando define el *culto religioso*, el que forma parte de la honra que los hombres tributan al soberano Ser; esta definicion es falsa. Orar, arrodillarse, postrarse, son actos que forman parte del honor tributado á Dios; ¿son por eso un culto religioso, cuando se emplean para honrar á los príncipes y á los grandes? Beausobre conviene en que no. Luego las diferentes especies de culto no se caracterizan por las personas ó quienes se tributa, sino por el motivo que las hace rendir.

No tenemos otras señales exteriores para honrar á Dios que las mismas con que honramos á los hombres; iguales son las que nos sirven para tributar el culto religioso que para manifestar el civil, para expresar el culto divino y supremo que para caracterizar el inferior y subordinado, para designar un culto absoluto que para indicar el relativo; luego el motivo es el que constituye toda la diferencia. Si la honra tributada tiene por motivo un mérito, una autoridad, un poder, una preeminencia relativa á la sociedad y al orden civil, es un culto civil; si es un poder, una dignidad, un mérito, relativos al orden de gracia y de salvacion eterna, motivo que únicamente nos hace conocer é inspira la religion, el culto será religioso. Cualquiera otra nocion seria equívoca y falaz. Luego no es cierto que las mismas ceremonias, observadas sin malicia en el culto civil, en honra de una criatura, no sean permitidas en el culto religioso, desde el momento que tengan por objeto la misma criatura, como lo pretende Beausobre. V. CULTO.

La evidencia de tales principios demuestra lo ridículo de la comparacion que ha querido hacer entre los honores que los católicos tributan á los *mártires*, á sus reliquias, á sus imágenes, y los que los paganos tributaban á sus dioses y á sus ídolos; unos y otros, dice, han puesto precisamente en uso las mismas prácticas, las oraciones, los votos, las ofrendas, las estatuas conducidas en pompa, las flores esparcidas en los sepulcros, los cirios encendidos y las lámparas, las prostraciones, los besos respetuosos, las fiestas acompañadas con banquetes, las veladas, etc. Lo prueba muy por menor. ¿Pero de qué sirve todo este aparato de erudicion? Debía examinarse si los católicos tienen, respecto de los *mártires*, la misma opinion, iguales ideas, idénticas creencias que los paganos

tenian acerca de sus dioses; si los primeros atribuyen á los *mártires* la misma naturaleza, las mismas cualidades, el mismo poder que los segundos suponian en sus divinidades; á esto se reducía todo.

Ahora bien; la diferencia puede percibirla cualquiera hombre que no esté ofuscado por la tenacidad de sistema. Los paganos consideraban á los dioses como otros tantos seres supremos, sobre los cuales no conocian superioridad, como iguales todos en naturaleza, revestidos de un poder independiente, si bien limitado, y que no tenian que dar cuenta del uso que de él hacian; lo probaremos en su lugar. V. PAGANISMO, § 3. Los católicos, por el contrario, miran á los *mártires* y á los demás santos como simples criaturas que han recibido de Dios, su Criador, todo lo que tienen y lo que son, así en el orden natural como en el de gracia; que no pueden hacer ni dar nada por sí mismos, y si tan solo conseguir de Dios gracias con sus oraciones, no en virtud de sus méritos, sino en virtud de los de Jesucristo. Véase INTERCESION. Es imposible, pues, que el culto católico y el pagano sean de igual naturaleza y de la misma especie.

El mismo Beausobre ha sentado como principio que el culto exterior no es otra cosa que la expresion de los sentimientos de cariño, de veneracion, de confianza, de temor y de amor que se tienen por un ser á quien se cree digno de ellos; que estos sentimientos deben su origen á la opinion que se tiene de las perfecciones y del poder de ese ser, y que deben ser proporcionados á ellos, l. 9, c. 4, § 7. Fundado en este principio, ha decidido que el culto tributado al sol por los maniqueos, por los persas, por los sabaitas y por los esenios, no era un culto supremo, ni una adoracion, ni una idolatria. *Ibid.*, c. 1, § 2. No es esta la ocasion de examinar si esta decision es verdadera ó falsa, pero siempre se deduce del principio sentado, que no debemos juzgar de la naturaleza del culto por las señales externas, sino por los sentimientos internos y los motivos de los que lo tributan; sentimientos siempre proporcionados á la opinion que tienen del personaje ó del objeto á quien rinden el culto. Así pues, ya que hemos demostrado que los católicos no tienen, con respecto á los *mártires*, la misma opinion que los paganos en orden á sus dioses, sería un absurdo deducir de la semejanza de las prácticas exteriores, que unos y otros han usado el mismo culto. Teodoreto, en el siglo V de la Iglesia, hizo notar ya la diferencia, *Thérapéut.*, serm. 8. Otro absurdo es partir del mismo principio para absolver á los maniqueos, y condenar

á los católicos. Véase PAGANISMO, § 8. Una consecuencia tan palpable es evidentemente afectada y maliciosa.

En cuanto á la pretendida semejanza entre el culto tributado á los *mártires* por los cristianos, y el que los paganos rendian á sus héroes, respondemos que este último era un abuso: 1º porque los paganos honraban en aquellos personajes vicios manifiestos, mas bien que virtudes; nunca han erigido altares á un hombre que se habia distinguido tan solo por las virtudes morales; 2º porque los paganos atribuian á las almas de los héroes el mismo poder independiente y absoluto que solo conviene á la Divinidad.

Ni uno ni otro de dichos defectos ha tenido nunca lugar en los honores tributados por los cristianos á los *mártires* y á otros santos.

Solo nos queda ya examinar los abusos verdaderos ó falsos que han resultado del culto tributado á los *mártires*, á sus reliquias y á sus imágenes. Nos hemos visto precisados á notar ya veinte veces que nada hay tan santo, tan augusta, tan sagrado de que no pueda abusarse; que es una injusticia confundir el abuso con la cosa, sobre todo cuando es posible prevenir y superar los abusos sin tocar el fondo de la cosa. ¿No se ha abusado hasta del principio que los protestantes consideran como el axioma mas sagrado, á saber, que debe tomarse la Escritura sagrada como la única regla de la fe y de las costumbres? Pero veamos los abusos.

Se ha supuesto en las reliquias, dice Beausobre, una virtud milagrosa y santificante. Es cierto; si es un error, está fundado en la Escritura Sagrada; esta nos atestigua que los huesos del profeta Eliseo, la sombra de S. Pedro, los sudarios y delantales de san Pablo, tenian una virtud maravillosa. *IV Reg.*, xiii, 21; *Act.*, v, 15; xix, 2. Jesucristo ha dicho que el templo santifica el oro, y que el altar santifica la ofrenda. *Mat.*, xiii, 17 y 19. ¿Las reliquias de un santo son menos susceptibles de una virtud santificante que un templo y un altar? Los mismos protestantes atribuyen esta virtud al agua del bautismo, al pan y al vino que reciben en la cena; ¿dónde está el mal? Las reliquias honradas con reflexion nos sugieren ideas muy saludables, confirman nuestra fe, excitan nuestro valor, reaniman nuestra esperanza, nos hacen admirar á Dios en sus santos, etc. ¿No es este un medio de santificacion? Los testigos del martirio de S. Ignacio y de S. Policarpo lo concebían así; por eso desean comunicar con aquellos santos cuerpos, con aquellas santas reliquias.

Pero se han supuesto falsas reliquias, falsas revelaciones, falsos milagros; ¿y á quién osan los protestantes atribuir estas falsedades? A los PP. mas respetables de los siglos IV y V; á S. Basilio, á san Juan Crisóstomo, á S. Ambrosio, á S. Jerónimo, á S. Agustín, etc. ¿Es permitido acaso calumniar sin pruebas? En los siglos medios, los errores de este género han sido mas frecuentes que antes; pero la ignorancia crédula no es un crimen; así que los prelados de la Iglesia han sospechado falsedad y abuso, han proscrito á uno y á otro.

Se han forjado tambien falsas profecías, falsos evangelios, falsas historias; ¿es preciso quemarlo todo, como lo han hecho los protestantes en orden á las reliquias?

Convenimos en que las fiestas de los *mártires* han sido frecuentemente ocasion de libertinaje, puesto que los concilios han dado decretos para poner orden de ello. Pero prescindiendo de las fiestas, los protestantes han conservado por lo menos los domingos, y se han quejado con frecuencia de que tales dias se profanan entre ellos; no se sigue de esto que tambien hayan de abolirse los domingos.

Hemos refutado bastanté los clamores de nuestros adversarios; es falso que se hayan erigido á los *mártires* en divinidades, que se les haya dado el mismo culto que á Jesucristo, que se haya tenido mas confianza en ellos que en Dios y en Jesucristo, etc. Estas imposturas no pueden servir mas que para engañar á los ignorantes.

La era de los *mártires* es una época que los egipcios y abisinios han seguido y siguen aun, y que los mismos mahometanos han marcado desde que son dueños de Egipto. Se toma desde el principio de la persecucion declarada por Diocleciano, en el año 202 ó 203 de Jesucristo. Llámase tambien la *era de Diocleciano*.

Martirio. Suplicio que padece un cristiano en la unidad de la Iglesia, por confesar la fe de Jesucristo; se han distinguido comunmente los mártires de los confesores; eran estos últimos los que habian padecido por la fe, pero que habian sobrevivido á los tormentos; y se llaman propiamente mártires los que habian perdido la vida en los suplicios.

Hé aquí, segun M. Fleury, cuáles eran ordinariamente las circunstancias del *martirio*.

Principiaba comunmente la persecucion con un edicto que prohibía las reuniones de los cristianos, y condenaba á ciertas penas á los que rehusasen sacrificar á los ídolos.

Era permitido evadir la persecucion, ó redimir la con dinero, con tal que no se disimulase la fe; y se vituperaba la temeridad de los que se exponian á propósito al *martirio*, que procuraban irritar á los paganos, excitar la persecucion, como los hemos observado en el artículo anterior. La máxima general del cristianismo era de no tentar á Dios, de aguardar con paciencia que fuese uno descubierto é interrogado judicialmente para dar cuenta de la fe. No es así cómo han obrado los herejes, cuando han querido formar un partido separado; su grande ambicion ha consistido siempre en arrostrar públicamente las leyes, y resistir á la autoridad.

Cuando los cristianos eran presos, se les conducia al magistrado que los interrogaba judicialmente. Si negaban que fuesen cristianos, comunmente se les despedia, porque se sabia que los que verdaderamente lo eran, no lo negaban nunca, ó dejaban de serlo desde entonces. Algunas veces, para asegurarse mas de la verdad, se les obligaba á cometer algun acto de idolatria, como á presentar incienso á los idolos, á jurar por los dioses ó por el genio de los emperadores, á blasfemar contra Jesucristo, etc. Si se confesaban cristianos, se esforzaban en vencer su constancia, primero por la persuasion y las promesas, despues por amenazas y el aparato del suplicio, y últimamente por los tormentos.

Los suplicios ordinarios consistian en extender al paciente en un caballete, con cuerdas atadas en los piés y manos, y tiradas por medio de poleas; en colgarle por las manos con pesas atadas á los piés; en azotarle con varas, ó pegarle con palos gruesos ó látigos armados con puntas llamadas *escorpiones*, ó con correas de cuero crudo ó guarnecidas con balas de plomo. Se vieron un gran número de mártires perecer así bajo los golpes. A otros, despues de haberlos extendido, se les quemaban los costados y los desgarraban con peines de hierro, de modo que á veces se les descubrian las costillas hasta las entrañas, y el fuego penetrando en el cuerpo, ahogaba á los pacientes. Para que las llagas fuesen mas dolorosas, se untaban á veces con sal y vinagre, y se volvian á abrir cuando empezaban á cerrarse. El mayor ó menor rigor y la duracion de estos tormentos dependia del carácter mas ó menos cruel de los magistrados, de la mayor ó menor prevencion y odio que tenian contra los cristianos.

Durante estos tormentos, se seguia interrogando. Todo lo que decian el juez y el paciente, lo escribian palabra por pala-

bra los notarios. Estos expedientes eran por consiguiente mas detallados que los interrogatorios que en el dia se hacen en las causas criminales. Como los antiguos poseian el arte de escribir por notas abreviadas, lo hacian tan aprisa como se hablaba, y extendian las propias palabras de los personajes, en lugar de hacerse como en nuestras sumarias, en que se habla en tercera persona y en estilo de curia. Los de la antigüedad, mas exactos, fueron recogidos por los cristianos, y es lo que llamamos *Actas auténticas de los mártires*, que se leen en las asambleas cristianas, lo mismo que la Escritura Sagrada.

En estos interrogatorios, se instaba con frecuencia á los cristianos para que denunciasen á los que profesaban la misma religion, sobre todo á los obispos, sacerdotes, diáconos, y para que entregasen las santas Escrituras. Durante la persecucion de Diocleciano, los paganos se dedicaron principalmente á destruir los libros de los cristianos, persuadiéndose de que este era el medio mas seguro de abolir aquella religion. Pero los cristianos guardaban sobre estas investigaciones un secreto tan profundo como sobre los misterios. No nombraban á nadie; decian que Dios los habia instruido, y que llevaban las santas Escrituras grabadas en sus corazones. Se llamaron *traditores* ó traidores á los que fueron bastante viles para entregar los libros sagrados, ó descubrir á sus hermanos ó á sus preladados.

Despues del interrogatorio, los que persistian en la confesion del cristianismo, eran enviados al suplicio; pero las mas de las veces los volvian al calabozo para experimentarlos mas tiempo y atormentarlos repetidas veces. Las cárceles eran ya una especie de tormento; se encerraba á los mártires en los calabozos mas profundos é infectos; se les ponian hierros en los piés, en las manos y en el cuello; grandes piezas de madera en las piernas, potros para mantenerlos en alto ó abiertos de piernas mientras que el paciente estaba tendido de espaldas. Algunas veces se sembraba el calabozo con pedazos de pucheros ó de vidrio roto y se les extendia sobre ellos desnudos y destrozados de golpes; con frecuencia se dejaban romper sus heridas, se les hacia morir de hambre y de sed; otras veces los alimentaban y curaban con cuidado para volverlos á atormentar. Se prohibia comunmente dejarles hablar con nadie, porque se sabia que en este estado convertian á muchos infieles, á veces hasta á los carceleros y soldados que los custodiaban. Otras veces se daba orden

de dejar entrar á los que creían capaces de vencer su constancia, á un padre, á una madre, á una esposa, á los hijos, cuyas lágrimas y tiernas palabras eran una tentacion á veces mas peligrosa que los tormentos. Pero ordinariamente los diáconos y los fieles visitaban á los mártires para aliviarlos y consolarlos.

Las ejecuciones se hacian comunmente fuera de las poblaciones; y á la mayor parte de los mártires, despues de haber vencido los tormentos, ó por milagro, ó por sus propias fuerzas, acababan por cortarles la cabeza. Se hallan sin embargo en la Historia eclesiástica varios géneros de muerte, por los cuales los paganos han hecho perecer á muchos, como el exponerlos á las fieras del anfiteatro, apedrearlos, quemarlos vivos, precipitarlos de lo alto, ahogarlos con una piedra al cuello, hacerlos arrastrar por caballos ó toros bravos, desollarlos vivos, etc. Los fieles no temian acercarse á ellos en los tormentos, acompañarlos al suplicio, recoger su sangre con lienzos ó esponjas, conservar sus cuerpos ó sus cenizas, nada perdonaban por rescatar aquellos restos de las manos de los verdugos, exponiéndose á padecer tambien el *martirio*. En cuanto á aquellos cristianos que tanto padecian, si abrian la boca era solo para alabar á Dios, implorar su ayuda, edificar á sus hermanos, pedir la conversion de los infieles.

Tales son los hombres que los incrédulos no se avergüenzan de pintar como obstinados, fanáticos, sediciosos castigados con justicia, malhechores odiosos; ¿dónde están los crímenes de aquellos héroes que no sabian mas que padecer, morir y bendecir á sus perseguidores? Fleury, *Costumbres de los cristianos*, 2ª parte, n. 19 y sig.

Martirologio. Lista ó catálogo de los mártires. Estas especies de colecciones no contienen regularmente mas que el nombre, lugar, dia y género del martirio de cada santo. Como los hay para cada dia del año, se introdujo en la Iglesia romana la costumbre de leer todos los dias á *prima* la lista de los mártires que se honraban aquel dia. Baronio atribuye al papa S. Clemente la gloria de haber introducido la costumbre de reunir las actas de los mártires, y este pontífice vivió inmediatamente despues de los apóstoles.

El *martirologio* de Eusebio de Cesarea, compuesto en el siglo IV, fué uno de los mas célebres de la antigua Iglesia. S. Jerónimo le tradujo al latin; pero solo conservamos el catálogo de los mártires que padecieron en la Palestina, en los ocho últimos años de la

persecucion de Diocleciano, y se halla al fin del l. 8 de la Historia eclesiástica. En aquel tiempo no era posible á un particular tener conocimiento de todos los mártires que habian sufrido la muerte en las diferentes partes del mundo.

El que se atribuye al venerable Beda en el siglo VIII no deja de ser sospechoso, en algunas partes, porque refiere el nombre de algunos santos que vivieron despues de su muerte; pero pueden ser adiciones hechas posteriormente.

El siglo XI es fecundo en *martirologios*. En él se ven el de Floro, subdiácono de la Iglesia de Lyon, que no hizo mas que llenar los vacios del *martirologio* de Beda; el de Wandelbert, monje de la diócesis de Tréveris; el de Usuardo, monje frances, quien le compuso por orden de Carlos el Calvo: este es el que usa regularmente la Iglesia romana; y el de Rabano Mauro, que es un suplemento del de Beda y Floro, compuesto hácia el año 843.

El *martirologio* de Adon, monje de Ferrières, en el Gatinés, despues de Prum, en la diócesis de Tréveris, y últimamente arzobispo de Siena, es una continuacion del *martirologio* romano de Usuardo: su origen, segun el P. du Sollier, uno de los bolandistas, es el siguiente: el *martirologio* de S. Jerónimo viene á ser el gran *martirologio* romano; de este se formó el pequeño romano, impreso por Rosweide, jesuita, que murió en Ambéres en el año de 1629; de este pequeño romano, con el de Beda, aumentado por Florus, hizo el suyo Adon, añadiendo á aquellos lo que les faltaba. Le compiló á su vuelta de Roma, en 838. El *martirologio* de Nevelon, monje de Corbia, escrito hácia el año 1089, no es en rigor mas que un compendio del de Adon con las adiciones de algunos santos.

El P. Kircher habla de un *martirologio* de los coftos, que se conserva en el colegio de los maronitas en Roma. Tambien hay otros, como el de Notker, por sobrenombre el Bègue (tartamudo), monje de *Saint-Gall* en Suiza, hecho por el de Adon, y publicado en 894; el de Agustin Bellin de Padua; el de Francisco Maruli, llamado *Maurolicus*; el de Vander Meulen, llamado *Molanus*, restablece el texto de Usuardo con sábias notas. Galerini, protopontífice apostólico, dedicó uno á Gregorio XIII; pero no fué aprobado. El que publicó despues Baronio, acompañado de notas, fué mejor recibido, y mereció la aprobacion de Sixto V: este es el *martirologio* moderno de la Iglesia romana. El abate Chastelain, conocido por su erudicion, publicó en 1709 un texto de este *martirologio*, traducido al frances con

notas, y emprendió la composición de un comentario mas extenso sobre todo este libro, del cual salió á luz un tomo que contiene los dos primeros meses.

Hay muchas causas de la diferencia que se halla entre los *martirologios*, y entre los hechos apócrifos é inciertos que en ellos se han introducido: 1º La malignidad de los herejes y el celo poco ilustrado de algunos cristianos, que fingieron actas ó las interpolaron. 2º La pérdida de las verdaderas actas en la persecucion de Diocleciano é invasion de los bárbaros, las que se quisieron suplir sin tener las memorias suficientes para poder verificarlo debidamente. 3º La credulidad de los legendarios, que todo lo adoptaron sin discernimiento, ó forjaron las actas á su gusto. 4º La devocion mal entendida de los pueblos, que se empeñó en acreditar tradiciones falsas é inciertas. 5º La timidez de los escritores mas sensatos, que no se atrevieron á combatir de frente las preocupaciones populares.

Sin embargo, es cierto que despues de la restauracion de las letras y de la crítica, los bolandistas Launoí, Tillemont, Baillet y otros expurgaron las vidas de los santos de todos los hechos apócrifos, que lejos de contribuir á la edificacion de los fieles, solo servian para excitar la censura de los herejes é incrédulos.

Dom Thierry Ruinart publicó en 1689 una coleccion de las *Actas sinceras de los mártires*, con un sabio prefacio. Fuera de que las mas se fundan en monumentos auténticos, los caracteres de sencillez, de antigüedad y de verdad que manifiestan, hacen ver que estas actas no fueron compuestas con el fin de exagerar los hechos y de excitar la admiracion de los lectores. Sin embargo, el P. Honorato de Santa Maria, carmelita descalzo, en sus *Reflexiones sobre el uso y regla de la crítica*, t. 1, disertacion 4ª, pretende que segun las reglas establecidas por Dom Ruinart, hay en esta coleccion algunas actas que no debieran admitirse, y que se excluyeron otras que merecian insertarse.

Los protestantes tienen tambien sus *martirologios*. Los hay en inglés, que fueron compuestos por J. Fox, por Bray y Clarke; pero ¿se puede dar nombre de mártires á algunos fanáticos que en tiempo de la reina María fueron castigados por sus excesos? Los calvinistas de Francia formaron tambien la lista de sus pretendidos mártires, y la extendieron todo lo posible: sin embargo, es efectivo que la causa de sus suplicios no fué la religion, sino los excesos, las violencias y las sediciones que habian excitado.

Se llama tambien *martirologio* el registro de una sacristía que contiene los nombres de los mártires y santos, cuyos oficios ó memorias se celebran cada dia, tanto en la ciudad y en la diócesis, como en la Iglesia universal. No se debe confundir con la necrologia que contiene la lista de las fundaciones, de los fallecimientos, de las oraciones y de las misas que se deben decir cada dia.

Masalianos ó Mesalianos. Nombre de unos sectarios antiguos, sacado de una palabra hebrea, que significa *oracion*, porque creian que se debía orar continuamente, y que la oracion puede reemplazar á todos los demás medios de salvacion. Por el mismo motivo los llamaron *euquitas* los griegos.

S. Epifanio distingue dos especies de *masalianos*: los mas antiguos no eran, segun él, cristianos, ni judíos, ni samaritanos; eran paganos que, admitiendo muchos dioses, solo adoraban á uno, á quien llamaban *Altísimo* ú Omnipotente. Tillemont cree con bastante fundamento que eran los mismos que los *hipsistarios* ó *hipsistarianos*. Estos *mesalianos*, dice S. Epifanio, edificaron en muchos lugares oratorios alumbrados con hachas y lámparas bastante parecidas á las de nuestras iglesias, y en ellos se juntaban para orar y cantar himnos en honra de Dios. Escaligero creyó que eran judíos esenios; pero S. Epifanio los distingue expresamente de todas las sectas de los judíos.

Habla de otros *masalianos* como de una secta que acababa de nacer, y escribia á fines del siglo IV. Estos hacian profesion de ser cristianos, pretendian que la oracion era el único medio para salvarse; muchos monjes, enemigos del trabajo, y empeñados en vivir en la ociosidad, abrazaron este error, y le añadieron otros muchos.

Decian que cada hombre sacaba de sus padres, y llevaba en sí, al nacer, un demonio que poseia su alma, y le inclinaba siempre al mal; que el bautismo no desterraba del todo este demonio, y que por lo mismo era bastante inútil, y que solo la oracion tenia la virtud de ahuyentar este espíritu maligno para siempre; que entonces el Espíritu Santo descendia sobre el alma, y le daba señales sensibles de su presencia por iluminaciones, por el don de profecía, por el privilegio de ver distintamente la Divinidad y los mas secretos pensamientos de los corazones. Añadían que en esta feliz situacion el hombre estaba libre de todos los movimientos de las pasiones, y de toda inclinacion al mal; que no tenia necesidad de ayunos, de mortificaciones, de trabajo ni de buenas obras; que

era semejante á Dios, y absolutamente impecable.

Nadie debe sorprenderse de que estos iluminados diesen en los últimos excesos de la impiedad, de la demencia y del libertinaje.

En el exceso de su entusiasmo muchas veces se ponian á bailar, á saltar, y á hacer contorsiones, y decian que saltaban sobre el diablo: los llamaron entusiastas, coreutas ó bailarines, adelfianos, eustacianos, por el nombre de algunos de sus jefes, salmistas ó cantores de salmos, eufemitas, etc.

Fueron condenados en muchos concilios particulares, y en el general celebrado en Éfeso año de 431, y los emperadores publicaron contra ellos algunas leyes. Los obispos prohibieron recibir estos herejes en la comunión de la Iglesia, porque no escrupulizaban el perjurar, renunciado sus errores para volver á caer en ellos, y abusando de la benignidad de la Iglesia. Véase á Tillemont, t. 8, p. 527.

En el siglo X se vió renacer otra secta de *masalianos* ó *euquitas*, que venia á ser un renuevo ó vástago de los maniqueos; admitían dos dioses hijos de un ser supremo; el mas jóven gobernaba el cielo, y el primogénito presidia la tierra; á este le llamaban *Satanás*, y suponían que los dos hermanos se hacian una guerra continua, pero que debía llegar algun dia en que se verificase su reconciliacion. Le Clerc, *Bibliot. univ.*, t. 15, p. 419.

Finalmente, en el siglo XII aparecieron tambien *euquitas* ó *masalianos*, que pretendían ser el tronco de los bogomilos: no sería fácil demostrar lo que estos diversos sectarios han tenido de comun, ni lo que tenían de particular. Mosheim conjetura que los griegos llamaban generalmente *masalianos* á todos los que refutaban las ceremonias inútiles, las supersticiones populares, y miraban la verdadera piedad como la esencia del cristianismo; esto es querer justificar por simples conjeturas á unos entusiastas representados por los historiadores de aquel tiempo como insensatos, y que los mas tenían malísimas costumbres. Cualesquiera visionarios que hubiesen declamado contra los abusos, supersticiones y vicios del clero, son venerados por los protestantes como celadores de la pureza del cristianismo.

Masboteanos ó Masbuteanos. Nombre de sectas. Eusebio, en su *Historia eclesiástica*, l. 4, c. 22, siguiendo á Egesipo, habla de dos sectas de *masboteanos*. Unos eran ya conocidos entre los judíos en tiempo de Jesu-

cristo; otros aparecieron del siglo I al II de la Iglesia. Atribuye su nombre á un tal Masboteo, que fué su jefe; pero es mas probable que esta es una palabra caldea ó siríaca que viene de *scabat*, y significa descanso ó descansar, y designa á los escrupulosos observadores del sábado. Así parece que los primeros eran unos judíos supersticiosos, que se empeñaban en que el dia de sábado se debían abstener, no solamente de las obras serviles, sino tambien de las acciones mas ordinarias de la vida, y que pasaban todo este dia en una completa ociosidad. Los segundos eran probablemente judíos mal convertidos al cristianismo, quienes pensaban, como los ebionitas, que en el cristianismo era preciso continuar observando los ritos judaicos, y que debían guardar el sábado, como los judíos, y no el domingo. V. *Sabatarios* y las *Notas de Valois sobre la Historia eclesiástica de Eusebio*.

Mascarada ó máscaras. Acostumbraban desde la mas remota antigüedad á enmascararse los paganos el primer dia de enero, tomando la figura de algunos animales, como de vaca, de ciervo, y correr así las calles cometiéndole demasías é indecencias. Un concilio de Auxerre, celebrado en el año de 588, prohíbe á los cristianos el imitar esta costumbre; y un antiguo penitencial romano impone tres años de penitencia á los que imitaran esta accion escandalosa. Véanse las *Notas del P. Menard sobre el sacramentario de S. Gregorio*, p. 252.

Ya la ley de Moisés prohibía á las mujeres vestirse de hombres, á los hombres de mujeres, porque esto era una abominacion á los ojos de Dios. *Deuter.*, xxii, 5. Los comentaristas observaban que entre los paganos, los sacerdotes de Venus se disfrazaban de mujeres en ciertas ceremonias, y que las mujeres tomaban el vestido y armas de un hombre para sacrificar á Marte: por consiguiente, esta era una de las supersticiones de la idolatría que se prohibieron á los judíos. Los autores aun profanos observan que esta clase de *máscaras* tenían siempre por objeto el libertinaje mas grosero.

Bien sabido es que los que entre nosotros van de *máscaras* para presentarse en las reuniones nocturnas, no lo hacen sino para disfrutar con la *máscara* de una libertad que no se atreverían á tomarse á cara descubierta. Así que, con mucha razon los teólogos moralistas declaran como contrario á la buena conciencia tan pernicioso uso.

Masilienses ó Marselleses. Se dió este nombre á los semipelagianos porque